

EL CARDONAL GUAJIRO

Por: ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ Dr. PHIL.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 47 y 48, Volumen XIII
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

La Secretaría de la Unión Internacional para Protección de la Naturaleza, con sede en Bruselas, me pidió que presentara, en la III Reunión de su Asamblea General, que se habría de celebrar en Caracas del 3 al 9 de septiembre de 1952, un estudio sobre conservación de la flora en una región semiárida, en relación con la preservación de la fauna. El Instituto Geográfico de Colombia Agustín Codazzi dispuso que yo asistiera a esa Asamblea mundial como su observador. Entonces, para poder hablar de las cosas con alguna experiencia personal, me preparé con un viaje a la Baja Guajira, a lo largo de la costa norte de esa península, único semidesierto vasto del territorio colombiano, donde a la vista del Caribe azul, sobre llanuras y colinas arenosas y caldeadas, bajo el soplo impetuoso del alisio, crecen los cardonales, entre cuyas espinas se enredan los senderos por donde va a sus extraños destinos la casta guajira de los epiayú.

Giro amplio antes de aterrizar

Don Gonzalo Jiménez de Quesada, al fundar a Santa Fe distanciada del mar, más que cualquiera otra capital americana, fijó las características de nuestra nación: el olvido del mar; el archipiélago de la demografía, la arandela negra e india. Debido a ese hecho, del camino que deberemos recorrer hasta coronar una cultura, solo hemos subido los primeros peldaños, y aún somos bisoños en las creaciones técnicas. También por él no han llegado por igual a todo el territorio, ni la solicitud de los gobiernos, ni el interés solidario de los colombianos. Como el ágata, presentamos envolturas de diferente impregnación crómica, de distinto peso y desigual valor.

Si recorremos la periferia de nuestro país desde el cabo Tiburón, en un sentido a contrareloj, la veremos en casi toda su extensión escasamente poblada, y eso por elementos los más retrasados en el vigor y en las realizaciones culturales. "Se diría que Colombia es una pirámide hundida en légameos primitivos; que nuestro Génesis; cultural no ha llegado al séptimo día, y que antes bien, desde el primero al sexto, todos simultanean y —perdónese el galicismo— ecloran todavía; que ni la época precolombina, ni la Conquista, ni la Colonia, ni—desgraciadamente— la Independencia, están clausuradas.

Y esa periferia vacua y caótica, incierta y problemática, clamorosa de obligaciones para nuestro patriotismo —reclamos desoídos por siglos—, donde los colombianos más bien han destruido que edificado, es la que se halla entregada como un cuerpo desangrado y lacerado a las preocupaciones de la Dirección de Territorios Nacionales.

Otro giro menor en la historia

La primera característica geomorfológica que en el territorio colombiano recibió el agua bautismal de un nombre en el habla de Castilla, fue el cabo de la Vela, cuando, en 1500. Alonso de Ojeda descubrió ese monte de la Serranía del Carpintero, que desde la orilla del mar parece un gran velamen perdiendo viento. Comienza la historia; corre la sangre, suenan las cadenas, se escuchan apostrofes en lenguas que jamás lograron aglutinarse; llegan bucaneros y piratas, nuevos despojadores aunque sin reales cédulas; el látigo agita las cuadrillas de trabajadores, bajo el sol y bajo el agua en las pesquerías de perlas. Pero de toda esta zarabanda sale incólume en su pureza racial y lingüística, con sus costumbres y sus leyes, la raza potente de los guajiros; huraños, altivos, austeros, donde cada familia es una ola que va de acá para allá en el mar del cardonal azulejo.

Tocando pista

El interés científico y humano de La Guajira semidesértica es inagotable, porque allí todo es extraño, distinto del resto del país. Antiguamente, los guajiros vivieron en un todo dependiente de su naturaleza ambiental, desde el vestido y la vivienda hasta sus exigencias estéticas. Del contacto con los europeos recibieron los ganados: bovino, caprino y caballar, que hoy enriquecen su economía. La enriquecen y empobrecen; porque las cabras están reconocidas como el más poderoso elemento en la degradación de la flora. El cardonal guajiro no debe considerarse, quizás, como el climax vegetativo de los suelos que hoy ocupa, sino como el impacto sobre el bosque de transición que cubre la Alta Guajira de la cría extensiva de caprinos; de la secular explotación de maderas para producir carbón y de las quemadas intencionadas para acorralar animales de caza y que el viento acaso trasmite a las áreas vecinas incircunscritas.

No es fácil decir si en épocas remotas los guajiros aprovecharon la pesca de animales acuáticos o anfibios para su alimentación. Lo cierto es que hoy día, según Milciades Chaves, el oficio de pescador se tiene por degradante entre los guajiros del norte.

Una familia de los Epiayú cruza el cardonal esquivando nuestro encuentro de blancos. Van las mujeres envueltas en amplios trajes, tocadas con vistosos pañuelos, adornados sus pies con enormes borlas de lana; montan cabalgaduras con cabezales profusamente estremecidos de borlas abigarradas, un muchacho a pie, casi desnudo, pues solo ciñe un cinturón con borlas y un guayuco, lleva una larga vara terminada en tridente de púas para bajar las frutas maduras del cardón o del trapillo (*Prosalspis juliflora*), único bastimento del grupo en su peregrinación. Otro muchacho a su lado, piel de bronce y altivo porte, sostiene en sus labios el birumbao, pequeño instrumento de plata, a cuyas notas da resonancia con su propia garganta. Las notas son suaves, casi imperceptibles por el viento que sacude las alabardas exagonales de los cardones y las hojuelas marchitas de los guamachos; melodiosas, exóticas. ¿A dónde van? Es Colombia la que pregunta por el futuro de la familia y de la cultura guajira.

Dos señuelos para un turpial

No son sólo bueyes y vacas; cerdos y cabras; leche, quesos y pieles, los dones del trabajo guajiro. Su mayor valor está en sus brazos, en su trabajo, en su aptitud jornalera.

¿Quién no ha visto en los hoteles y casas privadas de Colombia esos pájaros de canto esplendoroso y plumaje vistoso amarillo y negro, que al cantar se esponjan en una danza vibrante? Los turpiales más finos provienen de La Guajira, donde anidan en las horquetas de los cardones. Cuando un turpial escapa de su jaula, las gentes suelen hacerlo volver a ella, con señuelos y silbos.

Tal está pasando con el pueblo guajiro, al cual Venezuela y Colombia se esfuerzan en atraer a su territorio como elemento valioso de trabajo. Venezuela ha construido un barrio en Maracaibo para los inmigrantes guajiros, donde les ofrece especial libertad y protectora acogida; ha presentado en los teatros de Caracas sus danzas; ha llevado a una noble guajira al parlamento nacional; ha nombrado a un jefe guajiro Cónsul en Maicao. Todo esto tiende a persuadir a los guajiros de que en esa nación son ciudadanos en plenitud de sus derechos.

Colombia, a su vez, está solucionando el problema más agudo de la Baja Guajira, que es el del agua potable.

Resumen de requerimientos

Las necesidades de la Baja Guajira son muchas y se- pueden enumerar así:

1. Agua potable y de pequeños riegos para el servicio de las familias, de los ganados, y para propiciar la siembra de huertas, diseminadas. Esto se puede lograr con represas, bombas y numerosos molinos de viento, aprovechando los alisios impetuosos de la región.
2. Fundación de granjas, huertas con riego, y de viviendas específicamente planeadas.
3. Sustitución de las cabras destructoras por otro ganado ovino o caprino que no lo sea. Mejoramiento de las razas bovina y caballar.
4. Rehabilitación del trabajo pesquero y mejora de sus instrumentos y procedimientos.
5. Alfabetización, instrucción de artes manuales con materiales de la región.
6. Estudio y medidas para la protección de la flora, de la fauna y de la introducción de nuevas plantas útiles, ante todo alimenticias, como el higo chumbo: (Opuntia Ficus - Indica).
7. Importación y aclimatación de plantas económicas halófilas.

Estas medidas presuponen una investigación de la naturaleza guajira. Por eso en la Asamblea de Caracas presenté un proyecto de estudio conjunto, es decir, llevado a cabo por Venezuela y Colombia desde un centro situado en el área guajira que abarcara todos sus problemas de Naturaleza y Hombres. Esa entidad científica sería la mejor defensa de los recursos naturales y garantía de su reconstrucción para el futuro. Sería una inquietud en el pensamiento que llevaría equilibrio a la vida internacional y a los hombres de La Guajira semidesértica.

Y tengamos presente: el deber de Colombia no es solamente dar de beber y de comer a los guajiros, sino de mantener su altivez ante el medio y hacerlos dueños de una vida culta, elevada, alegre y estética; espiritual y sinceramente cristiana.

